

BERNARDINO ALVAREZ, INICIADOR DE LA
ATENCION NEURO-PSIQUIATRICA
EN MEXICO

CUARTO CENTENARIO DEL PRIMER MANICOMIO
EN AMERICA*
(1566-1966)

DR. FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO**

EN LA RELACIÓN de los Hospitales que había en la Ciudad de México, el año de 1583, documento que existe en el Archivo General de Indias, se encuentra lo siguiente:

"Item, (Hay) otro hospital que habrá veinte años poco más o menos se fundo en esta ciudad, en el barrio que llaman de San Hipólito, el cual se intitula Hospital de Convalecientes. Fundóse con industria y cuidado de un hombre bueno y devoto que se llama Bernardino Alvarez, que habiendo estado en otros hospitales y viendo que se despedían los enfermos en estado sanos aunque no convalecidos, se movió a fundar aquel hospital donde los pobres enfermos que salieron de los otros ya sanos se fuesen aquel a convalecer y cobrar fuerza, porque con la necesidad y pobreza no tornasen a recaer. Y ha favorecido Dios tanto su buen intento que ha edificado el hospital de muy buena y suficiente casa, y sustenta a todos los enfermos que van a convalecer a él de los demás hospitales de México. Y demás desto tiene aposento aparte donde cura a los que pierden el juicio, como se hace en Toledo y Valladolid, y otras personas (sic.); y así para esto como para pedir limosnas tiene muchos, vestidos de pardo, que profesan voluntariamente este ejercicio. No tiene renta conocida más de lo que se recoge de limosnas. Asiste en él el mismo Bernardino Alvarez, y él lo administra, rigé y gobierna con muy buena orden. Dice misa en él un capellán de una capellanía que allí está dotada".

* Trabajo presentado en la sesión del 1o. de junio de 1966.

** Académico numerario.

San Hipólito, aparece con frecuencia en la Historia de México.

Durante la noche del 24 de junio de 1520, ("Noche Tenebrosa" o de San Juan, llamada después Noche Triste) oscura y lluviosa, los españoles y los tlaxcaltecas, sitiados en el palacio viejo de Moctezuma, se decidieron a salir de la casa que defendían a duras penas, y en donde les esperaba la muerte segura.

Los fugitivos fueron atacados por numerosos guerreros. En la calzada de Tlacopan, acosados duramente por los tenochcas, las avanzadas de la columna cayeron en las profundas zanjas que cortaban e interrumpían la ancha calzada. En trágica mescolanza, los cuerpos de soldados españoles y tlaxcaltecas, y de *tamemes* con sus bagajes llenaron la "cortadura" y sirvieron de puente a los fugitivos que venían atrás.

Tenochtitlán sucumbió más tarde, el 23 de agosto de 1521, día de San Hipólito Mártir. Poco después, un soldado negro, llamado Juan Garrido, levantó frente a la zanja modesta choza que convirtió en ermita para depositar los huesos de los conquistadores que pudo recoger del fango en la trágica "cortadura". La ermita fue dedicada a San Hipólito. Años después fue convertida en suntuoso templo que figuró en varios capítulos importantes de la Historia de México.

Poco más tarde, junto a la ermita construida por Juan Garrido, se levantó el Hospital de los Inocentes ú Hospital General de San Hipólito. Fue el primer manicomio de América y subsistió hasta que fue construido en 1910 el actual Manicomio General llamado de "La Castañeda".*

Su fundación y existencia se debieron a un hombre excepcional que se llamó Bernardino Álvarez. Mucho se ha escrito acerca de este hombre, pero sus datos biográficos hay que buscarlos entre el bagazo de las fantasías y las virutas de los elogios y anacronismos.

Seguiré de preferencia a Juan Días de Arce quien escribió en el siglo XVIII la *Vida del Próximo Evangélico*, no sin dejar de acudir a otros documentos originales o fehacientes.

Es necesario hacer un esfuerzo para reconstruir el pasado hasta donde sea posible, comprender el pensamiento de Bernardino Álvarez, y aun a veces emplear las palabras entonces usadas.

Dice Días de Arce:**

"Los padres de Bernardino fueron nobles, españoles, y muy cristianos en el linaje y costumbres. Su patria fue la Villa de Utrera, cinco leguas de Sevilla en los Reynos de Castilla. Fue hijo legítimo de Luis Álvarez y de Anna de Herrera su mujer".

* Por breve tiempo, de 1908 a 1910, el Manicomio sucesor del Hospital de San Hipólito estuvo provisionalmente en el antiguo edificio de San Pedro y San Pablo en la calle de Montepío Viejo (hoy San Ildefonso). La casa había sido destinada a Escuela correccional para varones.

** Hemos modernizado la ortografía para facilidades del lector.

Continúa el propio autor que "para venir a las Indias, asentó Bernardino plaza de soldado, mancebo de veinte años de edad. Hecha su navegación felizmente, y llegado a México, hallándola del todo pacífico y en apacible tranquilidad en que gozaba de abundancia de sus riquezas, y de copia de frutos de Castilla, y de la Tierra, le pareció que no decía bien, con el descanso de tierra tan regalada, el nombre y profesión de soldado, sin el ejercicio militar y las pruebas hazañosas de la guerra, que por ésta andaba sangrienta entre los Chichimecos. Pasó a Zacatecas, y a la Tierra adentro, donde la guerra estaba fierísima, y en ella se ejercitó algún tiempo".

"Dejando el ejército militar volvió a México Bernardino Alvarez, donde en la ociosidad y abundancia andaba la baraja de naipes, y no se dejaban de las licencias de soldados. Los que andaban en su compañía, ya con la lozanía de mancebos; ya con el pique de la valentía, hicieron algunas travesuras".

"Estaba México opulentísimo. Con ésto la ociosidad armaba algunas casas de juego, que abrían puerta a todos los vicios de los mozos, holgazanes... y la pandilla a la trampa, se seguía el enojo, el votar, arrebatar el dinero, irse uno atrás del otro a calle, dando a entender que de no ejecutar luego la cólera, era dar cédulas de vida. Con esto andaba la valentía, las cuchilladas, las resistencias a la justicia."

"Toda esta compañía de alentados, reconocía a Bernardino Alvarez por capitán por ser el que más galante, y dalia de toda suerte de refriegas. Con ésto no se reverenciaba a Dios que está en todo lugar, ni se temía a la justicia, que andaba ya más prevenida. Y así pusieron presos por desacatos y travesuras a doce compañeros en la cárcel de corte. Sentenciáronlos como suele a muchos (aunque no sean valientes ni delincuentes) a que navegasen a los descubrimientos de la China donde pudiesen emplear gloriosamente su esfuerzo y arte militar. Parecióle a Bernardino y a su compañero, que aunque sea la China tierra donde prueba bien los valientes, sin tanta navegación podrían ejercitarse en la Nueva España".

"Concentráronse, e hicieron fuga de la cárcel. No les salió tan bien, que no cogiesen a tres de ellos, que por esta causa fueron ahorcados en la Plaza de México. Fueron venturosos los demás que se pusieron en cobro. Nuestro Bernardino no se contentó con poner tierra en medio, sino mar, y así pasó a los Reynos de el Perú, como veremos".

Bernardino Alvarez en Cuzco y otros lugares del Perú, reunió una respetable fortuna y volvió a México diez años después cuando ya sus antiguas hazañas estaban olvidadas.

Continúa su biógrafo: "Estando ya en México, teniendo noticias de la muerte de su padre, escribió a la Villa de Utrera a su buena madre, y dándole cuenta de toda su vida; le envió mil pesos, suplicándole como a señora y rogándole como a madre, se quisiera disponer para venir a México en compañía de sus hermanas, a servirse de él, como de hijo y de la hacienda que Dios le había dado, o que

él iría a traerla, por cuanto dejaba que su crecido caudal tuviese el buen empleo, de que se aprovechase de él, pues para ella le había adquirido. La contestación de su madre fue que después de la muerte de su padre había recibido caudal suficiente para pasar su vida y le exhortaba que viviese bien y que se emplease en servicio de Dios”.

“Bernardino dejó su antigua vida y recibió por oficio el de la Santa Hospitalidad, ocupandose en servir y curar a los pobres que acudían al Hospital del Marqués,* que eran muchos por no haber en aquel tiempo más de este hospital y el llamado del Amor de Dios donde se curan las bubas”.

El antiguo soldado dedicó su tiempo a servir a los enfermos y en visitar y socorrer a los presos. Buena parte de su caudal lo empleo en la fundación del Convento de Jesús María. Esta casa estaba destinada a las jóvenes, hijas y nietas de conquistadores y primeros pobladores, que vivían en la pobreza, no tenían de qué vivir, no tenían dote para casarse ni para entrar en religiosas. Preferimos transcribir nuevamente a Días de Arce, para emplear sus propias palabras y entender el pensamiento de su tiempo.

“Asistía Bernardino Alvarez, y regalaba por su persona a los enfermos del Hospital y por su industria y buen diligencia labró la gran sala de enfermería que es de las más capaces de este reyno. En este ejercicio santo y poderoso estuvo diez años”.

“Con la experiencia de haber estado en el Hospital de la Limpia Concepción de Nuestra Señora... vió que por mucha cantidad de pobres enfermos que al Hospital acudían, casi antes de estar buenos o ni acabados de curar, los despedían forzosamente porque hubiese lugar a recibir a otros, y éstos, convalécientes salían de dicho hospital y como no tenían donde rehacerse con comodidad se demandaban y se hallaban caídos por las calles con que volvían a recaer. Vio también otra diferencia de vejez, caduquez y locura y a todos pretendió dar acogida y asegurarles albergue”.

Adquirió un solar en la calle de la Celada (hoy Venustiano Carranza, entre las avenidas del 20 de Noviembre y Pino Suárez). Para su benéfica obra obtuvo permiso de Fray Alonso de Montufar, Arzobispo de México, quien lo concedió a los 9 días del mes de noviembre del año de 1566.

Bernardino vendió la casa para comprar un gran terreno con superficie adecuada a su objeto. Se extendía a los lados de la ermita de San Hipólito. El lugar estaba entonces casi despoblado. Al principio levantaba construcciones de adobes. Tan pronto como éstas llegaban a ser insuficientes para dar albergue a sus convalécientes y enfermos, levantaba otra. Después empezó a fabricar pie-

* Llamado también de Nuestra Señora o de la Limpia Concepción, hoy día conocido con el nombre de Hospital de Jesús.

zas de "cal y canto". Los enfermos y convalecientes ayudaban a Bernardino en su obra de albañilería.

Todo ésto "para ir recogiendo a los que salían a convalecer del Hospital del Márques y del de las Bubas, y que allí fuesen regalados. También fue recogiendo a los inocentes y locos, que ningún necesitado se olvidaba su caridad. Consideraba Bernardino Alvarez a todos los hombres del mundo como prójimos suyos, como hechuras de Dios, ajustados al peso de sus divinos decretos... *A los pobrecitos inocentes y faltos de juicio no los despreciaba.* Todos (decía) son hechuras de Dios: estos pobrecitos inocentes son piedras vivas, necesitan de sustento para vivir como los sabios. Estos saben mirar por sí, mas estas piedras vivas que son los inocentes, cuando no tienen libre albedrío, ni entendimiento, son como piedras que ni lo saben buscar, por tanto tienen más necesidad de quien cuide de ellos. Por eso les dio cuarto y su alojamiento en él, para que tuviesen en su hospital la ración segura como vivientes, que no podían buscar como faltos de entendimiento, disponiéndoles las moradas en comunidad cuando estuviesen sosegados, y en jaulas y bretes los reprimiesen estando furiosos, sin que recibiesen daños, ni los causasen a sus prójimos y tuviesen, en cuanto fuese posible, limpieza y comodidad".

Tengamos en cuenta que, con los escasos conocimientos de Bernardino, y con su mística cristiana, tenía los conceptos que hoy, con los grandes recursos técnicos que disponemos constituyen una gloria de la actual medicina social: atención médica para todos, que el demente es un enfermo con necesidad de rehabilitación, evitar que el débil sea un desamparado.

Pero había entonces, como hoy en los países de intenso movimiento demográfico, un factor de "desajuste": la falta de aclimatación física y social del emigrante.

La historia superficial y a la ligera, y la literatura novelesca, han creado como tipo inevitable del siglo xvi, al español que llegaba a las playas de Veracruz, arrogante y jactancioso. Pisaba tierras de conquista y ávido de oro, y con audacia indomable, acaso feroz, pronto con ayuda de su espada, haría cuantiosa fortuna para vivir y morir en la opulencia y ociosidad.

Ciertamente que este tipo de hombre, no era el que más abundaba. En las flotas venían hombres que habían vivido en condiciones muy modestas. Incitados por las fantásticas narraciones que en sus humildes aldeas o estancias habían escuchado acerca de los remotos y ricos países de América, abandonaban sus hogares y tierras en busca de una felicidad que no todos alcanzaban. Semanas o acaso meses duraba la peligrosa navegación, durante la cual, se solía sufrir hambrunas, el *tabardillo* o tifo y el escorbuto. Al pisar la nueva tierra que habían soñado como tierra de promisión, les acechaba en Veracruz el paludismo, la fiebre amarilla, la disentería, y la miseria económica.

Por eso, "a estos pobres que saltaban en tierra de las flotas de Castilla les enviaba cien mulas aparejadas: negros arrieros y hermanos combatían a diligentes y traía, como en brazos a los enfermos y pobres, regalándoles y curándolos por sus hospitales que tenía prevenidos por diversos caminos hasta ponerlos en su hospital de San Hipólito".

Estableció el Hospital en Veracruz, llamando después de Montes Claros y una serie de hospitales de Veracruz a México: el de la Concepción en Jalapa, el de Belén del Desierto en Perote y el de San Roque de Puebla.

"Así recibe México a los que vienen del Mundo" decía Días de Arce en 1620, con precoz mexicanismo.

Incansable, Bernardino fundó el Hospital de San Martín en San Juan de Ulúa para atender a los negros "esclavos del Rey" que trabajaban en las obras del puerto y a los galeotes condenados a trabajos forzados. El pequeño hospital se sostenía con limosnas que los discípulos de Bernardino recogían.

"Dios le iba trayendo compañeros, inspirando a hombres virtuosos que se parecían a Dios como él, deseosos de poner su industria en el ministerio de la hospitalidad de San Hipólito y vivir y morir en su compañía... Fue haciendo y ajustando reglas y constituciones que guardasen inviolablemente y con que fuesen rigiendo... Se puso así (mismo) a los demás compañeros nombres de *hermanos* y que fuesen regidos y gobernados por uno de ellos que se nombrase Hermano Mayor".

Este fue el origen de la cofradía. Más tarde fue autorizada por Bula del Papa Gregorio XIII y que como Orden Religiosa Hospitalaria, duró hasta 1820 con el nombre religioso de los Hermanos Hipólitos o de la Caridad.

Bernardino Alvarez, ayudado por Domingo de Ibarra y otros discípulos, revivió en las calles de México la mística medioeval del siglo XII.

No sólo el enfermo y el convaleciente acudían al Hospital en busca de pan o de techo. Cuando alguno que imploraba auxilio, pretendía explicar la razón de su desgracia, y a justificar su mendicidad vergonzante, Bernardino le interrumpía diciendo: "Hermano, pedidlo sencillamente por el Amor de Dios".

Recibió de España aviso de su hermano Martín de Herrera, que podía disponer de la herencia del padre de ambos. Bernardino aceptó la herencia, dejó el usufructo de los bienes a su familia, pero nombró como su propio heredero universal al Hospital de San Hipólito.

Don Alonso de Villaseca, cuya riqueza admira Cervantes de Salazar en sus famosos diálogos, ofreció a Bernardino cien mil pesos, cantidad inmensa en aquellos tiempos. Pero exigía que el Hospital de San Hipólito ostentara el escudo de armas de la casa Villaseca, y de que el propio Alonso fuere el patrono de las florecientes fundaciones. Bernardino no aceptó "pues Dios, que era el Patrón de aquellas obras, daría con qué sustentar a sus *pedras vivas*, como él llamaba a sus

pobres". Y continúa Arce con ingenuas palabras que no han perdido su actualidad.

"Si hubiera dado el patronazgo a los ricos, hoy quizás, y aún sin quizás, se preguntara como en otras obras; ¿En qué se emplearon tan grande cantidad? ¿Dónde están los bienes raíces, dónde las minas que daban como agua la plata? ¿Dónde los ganados que llenaban los campos? y aún más ¿dónde están las tierras donde había tantos esclavos, que ni el dueño a ellos, ni ellos a él se conocían?"

"Pues como esto, que se juzgaba por estable, ha desaparecido; así también en el Patronato del Hospital de San Hipólito si se hubiera dado a los ricos ¿Qué le daría? se preguntara hoy por los bienes raíces y no se hallaran. No quiso el fiel amigo de Dios, Bernardino Alvarez, que el sustento de su Hospital General quedase dependiente de censos en fincas, que la desvanece el tiempo, sino en la Providencia de Dios, que siempre había experimentado, no sólo oportuna, más aún anticipada en socorrerle, para el sustento de sus Hospitales, y de sus pobres que siendo todos, no podían ser pocos, sino muchísimos.

"Puso el hijo de la Providencia, Bernardino Alvarez a la entrada de su Hospital la Santa Imagen del ECCE HOMO, y escribióle el título 'El Señor lo provera', para proponerse a sí, a sus Religiosos la obligación, que les corría, de irse a su Patrón en todas sus necesidades. Y pues el Señor, como Patrón de aquella su obra, se les ofrecía a la puerta combinándolos en decirle: "*Véis aquí al hombre*".

Muchos episodios en la vida de Bernardino Alvarez pudieron explicarse pero su exposición sería por hoy fuera de lugar y dejemos al mismo Días de Arce que nos cuente con su estilo ingenuamente barroco, la terminación de una vida larga y fecunda.

Murió Bernardino Alvarez el 13 de agosto de 1584; vísperas del día de San Hipólito, en el cual la ciudad celebraba la "Fiesta del Pendón". Asistió la ciudad entera, y no faltaron las parcialidades indígenas de los cuatro barrios, y de Santiago Tlaltelolco. Por ser una descripción poco conocida de las costumbres de la época, creo interesante reproducirlo.

"Llegó el tiempo de la cuenta al siervo de Dios Bernardino Alvarez a los setenta años de su edad; estuvo muchos días enfermo, curábanle médicos insignes: el doctor Pedro López, conocido por su sabiduría y larga experiencia, y muchos más por la caridad con que fundó Hospitales, y mereció ser llamado Padre de Pobres, que de tal manera los amaba, que muchas veces quedándose desnudo los abrigó con su vestido, y su capa. El otro médico era el doctor Fuente, primer Catedrático de primera medicina de la Imperial Universidad de México. Hypocrates Español. Y el doctor D. Sebastián de Urieta, singular en ciencias y experiencia".

“Halláronle una mañana tan en lo último de la vida, que se la medían con plazo tan breve, que no podría vivir tres horas. Dispusieron, que a toda prisa, se le diese el viático, y el Santo Oleo. Hizo llamar a los médicos, que aun no se habían ido, y consolando el Siervo de Dios a sus Religiosos, diciéndoles, que no se afligiesen que no estaban tan de partida, como les habían dicho. Entrados los médicos, les dijo: ¿Qué dicen ustedes, tan cercano me hallan a la muerte? Ellos dijeron: Padre, dé gracias a Dios, que ya la hora es llegada, y las señales son de muerte”.

“Llegó el lucido y magestuoso acompañamiento del Pendón de la casa de San Hypolito, Hospital del Venerable Bernardino Alvarez y en lugar de paños negros, y bayetas tristes, con que se cubren las paredes de otros difuntos, estaban rica, y exquisitamente adornadas de las grandes salas, y corredores, y aun de los techos, y la anchurosa escalera del Hospital de Bernardino de colgaduras de terciopelo, damasco, y brocados con sobrepuestos de lacería de tocas y bolantes, láminas y espejos: florones a parte estaban primorosas tapicerías, grandes y vistosas alfombras, sembrados los suelos de juncias y yerbas adoríficas. Estaba el anchuroso patio, donde Bernardino había servido de sobrestante, y de peon, ayudando a hacer adobes, para cercar alojamientos a sus pobres, hecho en la apariencia, y aun en mucho de lo natural, y artificioso, un remedo de los bosques y de las enramadas del Paraíso: hechas calles, y divididos cuarteles, y entoldados de ramas, y carrizos, hojas y flores, pendientes a partes hermosas racimos de plátanos, dátiles, piñas, sidras, naranjas, y otras frutas. Variedad de hermosas aves grandes, y pequeñas: adornadas de diferentes plumas, atadas a las arqueras de flores, reboleando por desasyrse del cordelejo que las hacia gorgear, y arrullar: jaulas llenas de variedad de toda caza, que a su tiempo se les franquease la salida, y huyendo regocijase los presentes cervatillos, liebres, conejos, ardillas, erizos, y armadillos. Colgados de fuertes ligaduras lagartos, iguanas, culebras, y diferencias de sabandijas, que los naturales acostumbraron siempre traer, para el regocijo de sus fiestas, y las cuelgan para que sirvan a la gente moza de volantines. Entre estos de remedo también había de los naturales que artificiosos hacen con los pies de vistosa danza del palo, que para este efecto de saltar, y boltar con exquisita ligereza, sin que los golpes de las frecuentes y retorcidas vueltas los quebrantasen, se alimentaban con el ule salton, con que dan mas pronto el salto, que al bote de las pelotas con el ule estofadas. Y de los que pendientes de los extremos del palo cruzando vuelan de alto a bajo encorbandose y empinandose, para trepar forcejando hacia arriba: y atendiendose para bolcarse hacia abajo para volver a repetir su continua rueda, que cuanto con mas ligereza se repite, es mas vistoso. Y en diferentes partes estaba empinado el volador, en cuyo alto estan como de conversación sentados en una rueda de madera muchos diestros, que adornados de vistosas mantas, y plumeros con tamborsillos

y sonajas deslizando del asiento, bajan al paso, que la rueda sobre el quicio, y el cabillo ligero se boltean, pendiente de las cuerdas en que bajan girándose hasta el suelo. Quedándose en la cima de él, dando saltos, con temeridad suya, y temor de los que le miran, el justillo que se reserva para entretener a los que le miran, y ser el último, que mas venturoso que diestro, se entiega a la cuerda, que ha dejado en el suelo, salvo a otro dueño, no tan celebrado, aunque menos temerario. Dificil de reducir a número era la multitud de los Mexicanos, y Caziques nobles, y Principales, que bailaban adornados de ricas, y vistosas mantas, agradables plumages, haciendo en la tierra un remedo del Arco Iris del Cielo en los arqueados de varios colores y vistosos reflejos, con la hermosura y variedad de visos de su plumeria, y la hermosura de colores de sus libreas, cantando Hymnos triunfales a Dios, y a sus Santos al son de sus pitos, y caracoles: de sus teponastles, o atambores hicieron grandes, y hermosas ruedas en sus mitotes. Que mucho que concurriesen en día tan festivo muchos nobles, y Caziques, al baile, pues algunos años despues se vieron muchas ruedas de estos nobles en sus mitotes, y bailes, que pasaban de veinte, y treinta mil, los que les hallaban juntos por las plazas de sus barrios. No seria mucho en que el día en que todos festejaban a San Hypolito y Dios consolaba la falta de su Siervo Bernardino Alvarez, o por mejor decir, representaba a los humanos algo de su gloria, se hallasen y concurriesen muchos millares de estos nobles, que en esta forma de galantes y numerosos bailes regocijaban, y celebraban sus triunfos”.

Fue enterrado en la propia Iglesia de San Hipolito, en el altar mayor del lado del evangelio, donde sus restos permanecieron cubiertos por una lápida, hasta principios del siglo XIX. Con el fin de modernizar la Iglesia y darle el aspecto de un templo nuevo “como los de Europa”, se perdieron lápida y restos.

EPÍLOGO

A la muerte de Bernardino Alvarez el Hospital de dementes quedó a cargo de sus discípulos los hermanos Hipólitos. La Iglesia aunque en conexión con el hospital dependía del Ayuntamiento de la ciudad, y en memoria de la Conquista, anualmente se celebraba la “Fiesta del Pendón”. La Iglesia, el Hospital y el Convento (destinado a los religiosos que aumentaban con el tiempo) fueron objeto de reconstrucción. La más notable fue la del templo llevada a cabo entre los años de 1710 y 1777; hoy día constituye un monumento artístico histórico.

A fines del siglo XVII el cambio de organización política sufrido por todo el mundo y el nuevo pensamiento que se había alejado mucho de la mística medioeval hicieron necesaria una reforma a los estatutos de la orden de San Hipólito. Las nuevas constituciones fueron publicadas el año de 1749. Por fin, en 1820 de acuerdo con la Constitución de Cádiz, en vísperas de la Independencia se suprimió la Orden de la Caridad como todos en órdenes medicantes.

El Hospital pasó a depender del Ayuntamiento, desgraciadamente en bancarrota. En 1847 parte del Convento fue destinada a hospital de sangre, y recibió numerosos heridos de las acciones de Chapultepec y de San Cosme.

En 1854, el Ayuntamiento propuso en venta el edificio que fue adquirido por los profesores de la Escuela de Medicina, para tener un edificio propio donde impartir las lecciones de la Institución. Pronto tuvieron que dejarlo, pues el Gobierno de Santa Ana lo necesitaba para cuartel.

En cuanto al hospital propiamente dicho, entre miserias y actos de abnegación, quedó destinado exclusivamente a manicomio hasta la construcción del General de la Castañeda.

REFERENCIAS

1. *Relación de los Hospitales de la Ciudad y del Arzobispado de México*, hecha por orden del Arzobispo Don Pedro Moya de Conteras. México, 4 de abril de 1583.
2. *Documentos inéditos del siglo XVI para la Historia de México*. Colegidos y anotados por el P. Mariano Cuevas, S. J. Publicación hecha bajo la dirección de Genaro García, por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México. Talleres del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. pág. 327, 1914.
3. *Libro de la Vida del Próximo Evangélico*, el venerable Padre Bernardino Alvarez. Juan Días de Arce. Reimpreso en México, 1762.
4. *Constituciones de la sagrada religión de la caridad*, de San Hipolyto martir. Fundada en las Indias occidentales por el venerable Padre Bernardino Alvarez. México, 1749.

COMENTARIO AL TRABAJO
"BERNARDINO ALVAREZ, INICIADOR DE LA
ATENCIÓN NEURO-PSIQUIÁTRICA
EN MÉXICO"*

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS**

ES PARA mí, motivo de profunda satisfacción comentar hoy el trabajo histórico del Dr. Fernández del Castillo. Cuando hace un año, —ante su insistencia, y bien a mi pesar—, firmé el informe de su cambio a miembro titular, temí, que este hecho alejara a D. Francisco de nuestra Corporación, donde tantos años ha laborado y donde siempre le escuchamos con admiración y afecto. Afortunadamente no fue así y no es alabanza, sino justicia, recordar que si la historia médica tiene en el México actual una personalidad propia y cuenta cada día con más cultivadores notables, mucho de este auge se debe a la labor tesonera, constante, no siempre comprendida, pero, desde luego, eficaz, con que durante treinta años laboró el Dr. Fernández del Castillo en este campo donde todavía le encontramos con el mismo entusiasmo y dedicación que siempre vimos en él.

Y expresado este sentimiento nos ocuparemos de Bernardino Alvarez.

Durante el siglo XVI, mientras América enviaba a España con toda prodigalidad, riquezas materiales y naturales de inestimable valor, España volcaba sobre América todo lo que en contenido humano había acumulado a lo largo de un proceso de civilización, —mezclado, irregular y confuso—, que duró casi veinte siglos.

Los españoles eran y son: una mezcla abigarrada de restos griegos, fenicios, romanos, árabes, godos y judíos implantados sobre una casi legendaria población de iberos y celtas, descendientes a su vez de razas prehistóricas con orígenes inciertos.

* Presentado en la sesión del 10. de junio de 1966.

** Académico numerario.

Esto es en lo físico. En el aspecto psicológico, aquel grupo invasor tenía a su vez, tipos tan característicos y definidos que, sin proponérselo, marcaron para siempre huellas definitivas e inmortales en el arte y en la literatura.

El estudio de este tema, así planeado, nos alejaría mucho del objeto, pero aceptemos en principio que México recibió, durante esos primeros años de su infancia occidental, cuatro tipos de españoles, inconfundibles entre sí, cada uno de los cuales, a su manera, influyó mucho sobre el desarrollo del México que hoy conocemos.

Vino el conquistador, arrogante, brutal, duro y seco, incansable y codicioso, resto de las terribles y seculares luchas de Reconquista, personaje de Romance cuyo prototipo, sin ninguna duda, es Rodrigo Díaz de Vivar. Vino también el idealista, Quijotes trasplantados a tierra americana, visionarios, utopistas, soñadores de un mundo feliz en la irrealidad de su razón irreal. Y llegaron los místicos, los henchidos de fe, apóstoles que sacrificaron sus vidas para propagar la espiritualidad de su creencia. Unidos a los anteriores, mezclados con ellos, a veces confundido, llegó el "pícaro", tal vez la figura española de mayor raigambre popular y al mismo tiempo la más literariamente española.

Cuando el "pícaro" cristaliza en obras como *El Lazarillo*, *El escudero Marcos de Obregón* o *Guzmán de Alfarache*, hacía ya muchos años que era una figura netamente española. "Pícaro" fue el Arcipreste, "pícaros" son los criados de Calixto en la *Celestina*, y la figura del "pícaro" la encontramos a cada paso en la literatura del siglo XVI, que para mí, es la historia del pueblo, de la gente, la historia humana de aquel grupo de españoles que vino a México. Hasta el mismo Sancho, con su realidad práctica frente al idealismo de D. Quijote, es un ejemplo del "pícaro" español en el nivel normal sin las exageraciones ni los excesos de *Lazarillo* o *Alfarache*.

Pues bien, lo que sabemos de la vida de Bernardino Alvarez es suficiente para comprobar cómo era un típico ejemplo de esta casta de españoles que con los otros tres citados más arriba, vino a poblar América. Aventurero, osado, como militar fue más heroico en mancebías y lances de juego que en la lucha con los Chichimecas. Descreído superficial, tenía un profundo fondo místico, que brota en su crisis de arrepentimiento y expiación. Bernardino es la figura tradicional del "pícaro" y aunque su obra perdurable nos lo recuerde en oración y llegue hasta nosotros arrodillado delante de un crucifijo, esto fue posible, precisamente, porque en su dualidad psicológica había existido la otra fase, la que nunca se relata, por los biógrafos y en la que tenía asentadas las verdaderas raíces de su personalidad.

No se podría explicar la abnegación, la fuerza, ni la trascendencia que supo imprimir a su obra si no conociéramos el antecedente de su vida mundana, andariega, entre pendencias y burdeles. No es ninguna novedad. En la historia del

pueblo español, podemos citar ejemplos a montones de estos arrepentimientos, fecundos en obra material, que son el producto innegable de la lucha interna mantenida por las diferentes personalidades que todos llevamos dentro.

No conozco lo bastante a Bernardino para emprender el estudio a fondo de esta época de su vida. Descubriríamos con seguridad cosas inesperadas pero, para mí, resulta indudable que a esa primera época de contacto con el mundo y sus miserias debemos casi todo de lo que Bernardino Alvarez hizo más tarde en esta tierra mexicana. Tierra que vio desfilar sobre su suelo otros muchos del mismo corte y entre ellos a Mateo Alemán, ídolo de la picaresca española.

Sería bastante lo apuntado para valorar la importancia que tiene el trabajo que comento, pero es necesario todavía recordar otro aspecto notable de Bernardino Alvarez. Inconscientemente introdujo en México una tradición que desde épocas medievales venía siendo orgullo de la cultura peninsular. Frecuentemente se considera que la liberación de dementes que hizo Pinel a principio del siglo XIX, es el punto de partida de la moderna psiquiatría. Sin embargo el propio Pinel en su obra indica cómo la idea le vino de España, —concretamente de Zaragoza—, y para cuando Pinel la recoge hacía exactamente cuatro siglos que España contaba con establecimientos de reclusión para enfermos mentales en los cuales el trato era humanitario y la terapéutica ocupacional había sustituido al régimen de cadenas y cerrojos.

Valencia, Zaragoza, Valladolid, Granada, Toledo, Sevilla y otros muchos lugares más, habían sido los campos de experimentación de esta entonces nueva técnica que desde el siglo quince se practicaba con éxito, sin más base que la caridad y el amor al prójimo. Bernardino Alvarez, la importó a México. Estableció en este país lo que para él, con seguridad, no era nuevo y supo dedicarse a su labor con celo y fe suficientes para que hoy todavía le recordemos y se mantengan en pie los fundamentos y el espíritu de su obra.